

EL HAMBRE nos une

El pasado viernes 11, día del Ayuno Voluntario, celebramos en nuestra Parroquia la cena de solidaridad promovida desde hace más de 50 años por Manos Unidas.

Nos juntamos unas 70 personas, mayores, niños y jóvenes; ¡toda una Comunidad!. Tengo muchas sensaciones de esa cena. Ha sido una experiencia sencilla y bonita. Allí rodeado de vosotros, me sentí Comunidad en Camino, unidos por el Hambre y por Jesús, que una vez más nos convoca.

Creo que todos los que estuvimos, nos fuimos, no sé si con el estomago lleno, - lo dudo -, pero sí con la sensación de haber compartido algo importante: creer que un mundo mejor es posible y que estamos llamados desde el compromiso cristiano a trabajar por él y a anunciarlo.

Me sentí en comunión con tantos y tantos grupos, similares al que formamos esa noche, que en muchas parroquias de toda España se sentaron ese día también a reflexionar, y a compartir un trozo de pan, o las sopas o el huevo como nosotros. Y sobre todo, me sentí en Comunión con los millones de personas, aquí, en nuestro Primer mundo, y allí lejos, en el Tercero, para los que algo cotidiano como cenar, se convierte en un milagro.

Gracias a todos por participar y por esta experiencia de COMUNIDAD tan entrañable.

Carmen Calama

Comunidad en Camino

7º T. Ordinario
Ciclo "A"

PP. DOMINICOS - MADRID

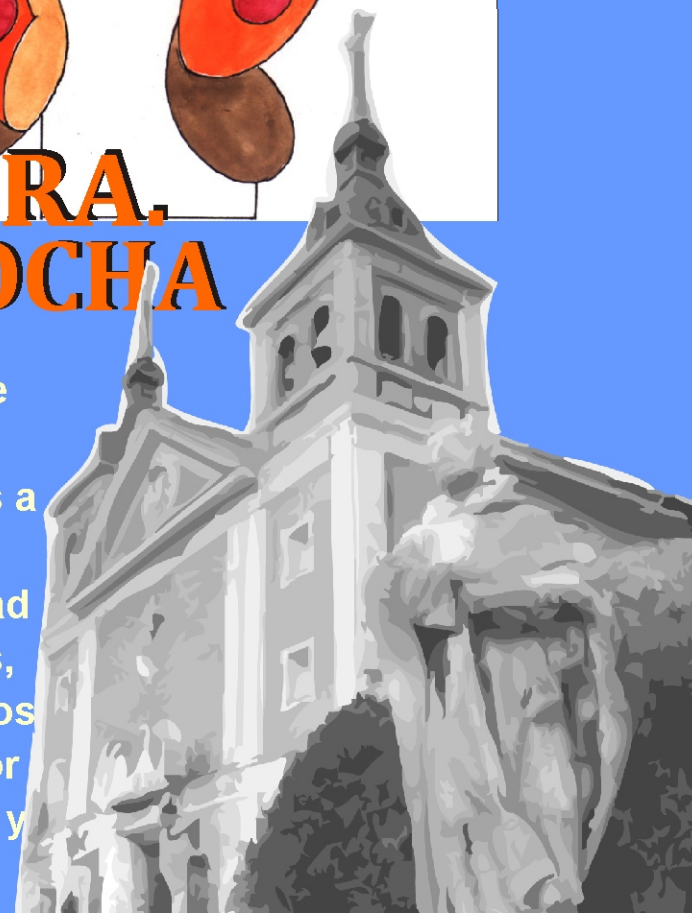
20 de Febrero
2011

Avda. Ciudad de Barcelona, 1 <http://www.parroquiadeatocha.es>



NTRA. SRA. DE ATOCHA

“ Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Yo, en cambio, os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen y rezad por los que os persiguen y calumnian”



En la primera lectura del libro del Levítico, se pone de manifiesto la importancia de la santidad, que atañe a todo el pueblo de Dios. La santidad es uno de los atributos esenciales del Dios de Israel, santidad que queda esclarecida cuando se realiza su proyecto y tiene siempre un sentido comunitario con consecuencias para la vida y la cultura.

El contexto del Evangelio sigue siendo el de los domingos anteriores: las antítesis. En la realización de este programa es necesaria la astucia y la sencillez. No pueden separarse, porque el creyente vive inmerso en este mundo en el que es necesario la astucia, la prudencia y la inteligencia; pero a la vez, es necesaria la sencillez con la que el propio Jesús actúa y que es propuesta como una virtud evangélica y no como una debilidad humana.

Jesús no viene a destruir lo antiguo, pero tampoco a dejarlo como estaba; viene a darle plenitud: la Ley de Dios, según expone Jesús en el Evangelio, va más allá de la justicia según los hombres, exige el Amor, que es la justicia según Dios.

Ante la ley del talión: “ojo por ojo y diente por diente”, Jesús proclama la imitación de la virtud divina de devolver bien por mal, en orden a superar la arrogancia del mal con la invencible soberanía del bien. Al igual que Dios, así nosotros, imitando la actitud de Jesús, Hijo de Dios, no debemos poner fronteras a la misericordia. El hombre es hombre en cuanto imagen de Dios. Jesús no nos pide un imposible, exigiendo a nuestro vivir humano un nivel divino; sino que nos indica la cima hacia la que debemos caminar con los ojos, el corazón y las obras. El camino es nuestro, con la ayuda de la presencia viva del Espíritu y de la Gracia de Dios.

Levítico 19,1-2.17-18
1ªCorintios 3,16-23
Mateo 5, 38-48

Los hijos de Dios se notan fácilmente. Tienen un encanto especial. Son alegres y acogedores. No se dan importancia ni buscan aplauso o recompensa de cualquier tipo. Están siempre dispuestos a aceptar los trabajos más duros o más humildes. Son sinceros y responsables. No tienen miedo o saben vencer el miedo. No se echan para atrás. Son colaboradores, participativos, imaginativos. Siempre hombres de esperanza, positivos. Y son especialmente amistosos y pacificadores. Cálidos y cercanos, personas de toda confianza.

Viven o se esfuerzan por vivir las Bienaventuranzas.

No aman la riqueza por encima de todo, son austeros, sin apegos, saben compartir, incluso de lo que necesitan. Hacen opción por los pobres y se esfuerzan por ser pobres. No consienten la pobreza miserable para ningún hijo de Dios.

No cultivan el orgullo ni se creen superiores. No envidian ni se comparan. Son humildes, vacíos de sí mismos. Es la pobreza interior lo más difícil. Por eso son sufridos, llenos de paciencia y mansedumbre. No se sienten ofendidos, porque no viven para sí.

No son indiferentes ante los demás, sino sensibles y compasivos. Saben llorar con los que lloran. Otros lloran por los golpes que reciben, porque la vida les trata mal. ¡Cuántas lágrimas amargas e inocentes! No se rebelan ni odian ni se desesperan, pero lloran.

No toleran la injusticia, aunque sea al más pequeño. Luchan por un mundo solidario, en que todos consigan su dignidad y sus derechos. Sueñan con un mundo nuevo, la civilización del amor.

No son duros inquisidores, sino comprensivos y compasivos. Tienen entrañas de misericordia. Saben perdonar, estar cercanos, volcarse sobre las miserias humanas. Se conmueven ante cualquier sufrimiento, como Dios.

No aman la impureza ni la mentira. Tienen el corazón limpio. Son libres, no les esclavizan los vicios. Son auténticos, transparentes, verdaderos. Se lavan con el agua del arrepentimiento, reconocen su fallo o su error.

No utilizan la violencia, sólo para sí mismos. Pero irradian la paz, y la crean, la defienden. Amigos del diálogo y promotores de reconciliación y del perdón.

No se acortan a la hora de defender al oprimido. Lo defienden siempre aún a riesgo de ser criticados y perseguidos. Son profetas de la libertad y la justicia, y tantas veces son mártires.

¿ME REFLEJO EN ALGUNO DE ESTOS RASGOS?